

Luis VITALE. Introducción a una teoría de la historia para América Latina. Buenos Aires, Planeta, 1992, 319 p.

Esta nueva obra del prolífico escritor argentino constituye una síntesis de los nueve tomos de su *Historia General de América Latina*, publicada en Caracas por la Universidad Central de Venezuela, en 1984. Se trata del resultado de muchos años dedicados al estudio de nuestra realidad y al análisis y crítica de una amplísima bibliografía sobre temas sociales, económicos y políticos, producida en el continente. Pero además, la importancia del trabajo que reseñamos radica, a nuestro juicio, en que representa la elaboración de un estado de la cuestión, actualizado y documentado, de toda la problemática específica que se plantea a quienes procuran hacer historia en, desde y para nuestra América. Desde este punto de vista, el libro constituye un fructífero aporte en relación con la configuración del campo intelectual en el área de la historiografía y la historia de las ideas latinoamericanas: Vitale revisa las discusiones que han agitado a los estudios de nuestro pasado y a los analistas de nuestro presente durante las últimas décadas, señala su relevancia y vigencia, toma posición frente a las mismas y plantea, en definitiva, los lugares y las reglas de inscripción de los futuros historiadores al interior de la problemática abordada.

La tesis fundamental del libro puede formularse en los siguientes términos: el tratamiento científico de los problemas teóricos y metodológicos de la historiografía latinoamericana requiere de la urgente elaboración de una teoría de la historia que, sin dejar de lado los aportes procedentes de la historiografía de otros continentes -fundamentalmente el europeo- se atreva a formular categorías específicas, capaces de abordar la peculiar evolución de las sociedades latinoamericanas. Para ello es de gran valor la distinción entre la llamada "Historia universal", de cuño eurocéntrico y deudora de la concepción hegeliana de los "pueblos sin historia", y el programa de una au-

téntica interpretación global del desarrollo de la humanidad. Esta representa aún una tarea por realizar, y requiere como condición de posibilidad la incorporación de los puntos de vista y las contribuciones de los historiadores y teóricos de la historia de Asia, Africa y América Latina.

Sin desatender las tendencias generales y las regularidades de los procesos humanos en su conjunto, Vitale insiste en la necesidad de definir con precisión y aplicar con propiedad las categorías de análisis de la realidad histórica latinoamericana. Al respecto distingue dos bloques de categorías: en primer lugar, las *concretas*, caracterizadas como "abstracciones determinadas", que resultan de una operación cognoscitiva por la cual el pensamiento se eleva desde lo concreto hacia lo abstracto, y desde éste hacia un concepto concreto, enriquecido por la contrastación con la realidad. Son categorías de este tipo las de "relación sociedad-naturaleza"; "modos de producción" y "períodos de transición"; "tipo de capitalismo", "dependencia"; "cuestión nacional", "clase", "etnia clase", "cultura", "mito", "religiosidad popular"; "movimientos sociales", "sujeto político"; "regionalismo"; "ideario latinoamericano".

Vitale introduce una precisión interesante en relación con la conceptualización del desarrollo latinoamericano. Propone como instrumento conceptual global para la investigación de la peculiar evolución latinoamericana la categoría de "desarrollo desigual y combinado". El valor heurístico de la misma estaría dado por su pertinencia tanto para la apreciación de la amalgama de los elementos derivados de distintos niveles del desarrollo social latinoamericano (relaciones de producción, clases sociales, relaciones etnia-clase, sincretismo cultural), como también para la comprensión de su estructuración contradictoria al interior de la realidad histórica latinoamericana. Sin embargo, el historiador argentino llama la atención sobre la necesidad de complementar tal categoría, en el estudio de nuestro pasado y de nuestro presente, con las de "articulación", "especificidad-diferencialidad" y "multilinealidad". Calificar

el desarrollo latinoamericano de "articulado" significa subrayar la idea de interrelación recíproca entre los elementos desiguales y combinados del proceso histórico, eliminando toda apreciación de coexistencia estática. Lo "específico-diferenciado" apunta a la conceptualización de los fenómenos que, por su particularidad, resultan irreductibles a cualquier "lógica universal" de evolución. Finalmente, la categoría de "multilinealidad" tiende al reconocimiento de la especificidad de ciertos procesos históricos y a la crítica de toda concepción unilineal de la historia.

El segundo bloque de categorías está conformado por las que Vitale llama *dialécticas*: "contradicción", "estructura", "causalidad", "necesidad", "mediación", "interrelación". El autor otorga especial importancia a la "totalidad" como herramienta metodológica, cuya aplicación para América Latina se propone tanto al interior de las formaciones sociales americanas como a nivel internacional, esto, es considerando la integración del continente en el sistema capitalista mundial.

La instrumentación de la categoría de "totalidad" supone la interpretación de los factores económicos, sociales, políticos y culturales como expresiones de un todo dialéctico: la "superestructura" no puede ser abordada, entonces, como la variable dependiente de la "estructura", y ésta debe ser comprendida como resultado de la praxis humana. "El criterio mecanicista de que la superestructura es un mero reflejo de la estructura ha conducido a minimizar el papel que juegan la política, el derecho, la religión, los valores y las normas de la sociedad. La política no es sólo la expresión condensada de la economía, sino también del enfrentamiento social. El Derecho codifica de manera ostensible la relación entre las clases..." y la normatividad moral incide en el conjunto de la formación social y permea hasta la vida cotidiana (p.34).

Nuestro autor cuestiona el valor cognoscitivo para la investigación histórica de las dos teorías clásicas: el idealismo subjetivo y el objetivismo positivizante; y sostiene que la acu-

mulación de conocimientos históricos se efectiviza en el marco de un proceso de aproximaciones sucesivas a la verdad concebida ésta no como absoluta sino como dialéctica. El quehacer del historiador está mediatizado por factores ideológicos y políticos: el papel del estado, el tipo de relaciones establecidas entre los hombres y entre estos y sus productos, las propias estructuras de poder en las instituciones, condicionan al sujeto que historiza. Si bien los documentos constituyen la principal prueba histórica, no son neutrales ni bastan por sí mismos para reconstruir el pasado. De allí la necesidad de confrontarlos con otras fuentes: producción literaria, expresiones de la vida cultural y artística de los pueblos, manifestaciones de la vida cotidiana, etc.

En su libro Vitale despliega una multiplicidad de problemas que inquietan a todo historiador que aspire a la comprensión de la especificidad de la realidad latinoamericana y que reconozca la necesidad de elaborar una teoría de la historia de nuestro continente. De tan vasta problemática sólo nos detendremos en la consideración de aquellos temas que han despertado fuertes polémicas en el quehacer historiográfico latinoamericano: la discusión en torno al diagnóstico feudal o capitalista de nuestras sociedades, el problema de la dependencia y la cuestión del Estado nacional.

De gran interés para una teoría de la historia latinoamericana es la propuesta de periodización que ofrece Vitale en este libro. El criterio elegido es el señalamiento de las formaciones sociales, que son definidas en un sentido amplio y abarcativo de los modos de producción y las formas de dependencia política y económica. En efecto, la categoría teórica de *formación social* comprende estructura y superestructura, y permite interpretar la globalidad de la sociedad, en sus aspectos económicos, políticos y culturales. *Modo de producción*, en cambio, apunta a la relación dialéctica de fuerzas productivas y relaciones de producción, articuladas en el proceso productivo; se refiere pues estrictamente a la estructura económica

de la sociedad.

Vitale señala la existencia de nueve formaciones sociales o períodos de transición en nuestra historia -esto sin contar una primer fase correspondiente a los pueblos recolectores y cazadores que habitaron el continente hace más de 50.000 años.

La primera corresponde a las culturas agroalfareras que, 5.000 años a.C., generan un modo de producción comunal, basado en la producción y distribución colectivas.

El segundo período corresponde a la transición entre tal modo de producción y el propio de las formaciones sociales inca y azteca, proceso en el cual se habría verificado el surgimiento de una acentuada división del trabajo y el crecimiento de las ciudades y aldeas.

Las formaciones sociales de los imperios inca y azteca habrían desarrollado, a juicio de Vitale, un modo de producción comunal-tributario. Por "comunal", el autor entiende la actividad conjunta que efectuaban las unidades domésticas -ayllus y altépetles- dentro de la tribu. "Tributario" hace referencia a la forma de apropiación del excedente por parte del estado, que se realizaba por vía del tributo, en trabajo o en especie, impuesto colectivamente a las comunidades-base.

Con la colonización hispano-portuguesa se inicia la transición hacia el capitalismo en América Latina, proceso que abarca cuatro siglos, y que se caracteriza por la coexistencia de diversos modos de producción, ninguno de los cuales alcanza una clara preponderancia, y por la incorporación del continente al mercado mundial capitalista. Ahora bien, dentro de este período de transición, Vitale distingue dos formaciones sociales, correspondientes respectivamente a la cuarta y quinta etapas de su periodización: la formación colonial y la republicana.

Durante la colonia coexistieron relaciones de producción precapitalistas y capitalistas embrionarias, que combinadas constituyeron una formación económica de transición al capi-

talismo. El excedente económico colonial era apropiado por las metrópolis ibéricas a través de la renta o tributación en especie, trabajo o dinero, y de la explotación del trabajo servil, esclavo y asalariado en las minas, haciendas y plantaciones. El historiador latinoamericano formula una advertencia importante: la fundamental orientación exportadora de la economía colonial no debe llevar a desconocer el proceso de acumulación interna ni la importancia del mercado interno e intercolonial.

Con la declaración de la independencia a principios del siglo pasado, se estructura una nueva formación social, la "republicana". La revolución emancipadora es explicada por el autor como resultado de la contradicción de intereses económicos entre la monarquía y una clase social nueva, los criollos, que necesitaba el control del aparato estatal para imponer una nueva política económica de exportación e importación. Con la independencia se adopta una nueva forma de gobierno, pero no se modifica la estructura socioeconómica heredada de la colonia: "...la única tarea democrática que cumplió la clase dominante criolla fue la independencia política..." (p.109). Como consecuencia de ello, una nueva forma de dependencia, esta vez económica, sustituyó a la anterior.

El sexto período se inicia en la segunda mitad del siglo XIX, cuando el modo de producción capitalista se consolida en su forma primario-exportadora, como consecuencia de dos fenómenos: la inversión extranjera en fuentes de materias primas y ferrocarriles, por una parte, y el proceso interno de acumulación originaria, por otra. Este proceso, aunque iniciado en la época colonial, habría alcanzado a partir de 1860 un ritmo acelerado a raíz de las medidas adoptadas por los gobiernos liberales en relación con la tierra. Como efecto de las mismas, se produjo la separación entre trabajadores y medios de producción (expropiaciones a la Iglesia, división de tierras ejidales, conquista del desierto, etc.).

Una nueva etapa, la séptima, se inicia a fines del siglo pasado, con el advenimiento de un cambio significativo en

nuestra condición de países dependientes. A partir de esa fecha el capital extranjero se apodera de las riquezas mineras y agropecuarias, dando origen a la formación social que Vitale denomina "semicolonial I", correspondiente a inicios de la fase imperialista (1890-1930).

La octava etapa corresponde a la época actual. Se trata de la "formación social semicolonial II", en la cual se pasa, "bajo el imperio del capital monolítico internacional, de la sociedad rural a la urbana-industrial y al agravamiento de la crisis ecológica" (p.67).

Vitale destaca la importancia de la revolución cubana, con la cual se iniciaría una nueva fase histórica en América Latina: la de transición al socialismo.

En lo que respecta al surgimiento del Estado nacional, Vitale extiende su análisis a las expresiones estatales de las formaciones sociales precolombinas y a la etapa de la administración colonial española. Enfatiza la peculiaridad del proceso de formación del Estado nacional en América Latina, que, a diferencia del europeo occidental, no se constituye sobre la base de la derrota del feudalismo y la centralización del poder político. Nuestros Estados nacionales surgen como resultado de la independencia: "herederos de la estructura colonial, se basaron en una economía primaria exportadora que desde el comienzo fue dependiente de las metrópolis europeas en cuanto a la exportación de materias primas e importación de artículos manufacturados... El Estado republicano conservó parte del antiguo aparato estatal de la colonia, pero inauguró un nuevo tipo de política económica: el libre comercio. La burguesía criolla rompió con el monopolio comercial español y con su intervencionismo económico, adhiriéndose a los postulados librecambistas del Estado liberal burgués, aunque sobre otras bases y con una clase dominante diferente a la burguesía industrial europea" (p.196). Esta toma de posición supone un cuestionamiento a aquellos historiadores que, inspirados en el modelo europeo de formulación, sostienen que su gestación en Amé-

rica Latina no es anterior a la segunda mitad del siglo XIX. Para Vitale, en esta etapa se consolida el Estado nacional, sobre la base de la demanda de materias primas por parte del capitalismo europeo y de la consiguiente necesidad de estabilidad política y centralización económica y administrativa en los países americanos. Sin embargo, el proceso de formación del Estado se inicia a principios del siglo pasado.

Vitale analiza también las características de los Estados latinoamericanos contemporáneos y su nuevo papel, a partir de la década del '30, en la estimulación de la industrialización sustitutiva y en la creación de industrias, primero básicas y finalmente de exportación no tradicionales. Otorga un lugar destacado al problema del endeudamiento externo y a la caracterización de las dictaduras militares, que él considera formas de gobierno del estado burgués latinoamericano.

Vitale toma la *dependencia* como categoría de análisis apropiada para abordar la historia latinoamericana, aunque rechaza el enfoque dependentólogo por unilateral: al acentuarse el carácter exógeno de la economía, la teoría de la dependencia habría omitido el análisis de las relaciones de producción. Además, el énfasis en el intercambio desigual habría oscurecido la comprensión del proceso de acumulación interno de cada sociedad.

Sin embargo nuestro autor tampoco acuerda con los críticos de aquella teoría y del circulacionismo que, a su juicio, habría inaugurado un nuevo tipo de reduccionismo, esta vez "modo-productivista". Para el autor, es fundamental la caracterización de América Latina como parte integrada en el mercado mundial, en formación desde el siglo XVI y configurado como claramente capitalista en el XVIII. "no se pueden escindir las relaciones de producción de las formas histórico-concretas de circulación y apropiación del capital, so pena de analizar en abstracto las formas serviles, esclavistas y salariales... A su vez, no basta con señalar que América Latina producía para el mercado exterior, sino que es fundamental examinar también

el tipo de relaciones de producción que se empleaban en dicha economía primaria exportadora" (p.225).

El autor consagra un capítulo de su libro a un tema generalmente ausente en los trabajos histórico-filosóficos latinoamericanos: la relación existente entre hombre y naturaleza; y expone los hitos históricos fundamentales en la configuración del ambiente americano: la relación de los pueblos cazadores y recolectores con la naturaleza, la de las culturas agroalfareras, la de las formaciones inca y azteca, el impacto de la colonización hispano-lusitana en el ecosistema americano, y la crisis ecológica del siglo XX en nuestro continente.

No se le escapa a Vitale la trascendencia de la cuestión étnica para América Latina. "la etnia es una expresión social y cultural que cambia más lentamente que las clases, pero está inserta en el proceso de la lucha de clases desde que surgieron las sociedades de clase en América" (p.164). Desde su perspectiva, la lucha interétnica puede desempeñar un papel relativamente autónomo en determinados momentos del proceso social. Sin embargo, generalmente se articula al conflicto de dominación clasista. Así, las diversas formas de ideología racista se habrían configurado en función de la explotación social como justificación de la dominación impuesta. También el concepto de Estado-nación, esgrimido por las burguesías criollas del siglo pasado como símbolo de identidad cultural, sería una expresión ideológica tendiente a eludir las diferencias étnicas y nacionales internas, y al hacer compatible la idea de nación única con Estado.

No podemos detenernos en el análisis que el autor efectúa de los problemas agrario e industrial en América Latina. Sólo decimos que el estudio de la evolución histórica de tales cuestiones aporta numerosos elementos de juicio para la periodización y la crítica historiográfica.

Merece mencionarse la incorporación en el texto estudiado de un capítulo dedicado a las mujeres, esa "mitad invisible de la historia", de cuyo papel en la reproducción de la vida

y de la fuerza de trabajo, tanto en general como en la historia latinoamericana en particular, Vitale se ocupa.

Acorde a su posición tomada respecto de la configuración dialéctica entre estructura y superestructura, el autor acuerda importancia a aquellos factores que resultan de la dominación económica y política, tales como la ideología, la vida cotidiana y los mitos sociales, pero que a su vez inciden en aspectos relevantes de la configuración social. Nos interesa señalar que el enfoque de los mitos sociales como fuerzas motrices de la historia, en las que el pasado deviene un símbolo con vigencia en el presente, remite, como bien lo percibe el autor, al papel de la utopía como función discursiva que contribuye a la configuración de los sujetos sociales.

En el capítulo final de la obra, Luis Vitale aborda el problema de la identidad latinoamericana, a la que define como autoconciencia de pertenencia común a una nación, clase, etnia, o idiosincrasia cultural. Vitale concibe la identidad como conciencia colectiva en permanente proceso de desarrollo, que se expresa en formas variadas de autoafirmación, y que posee fuerza disruptora y generadora de proyectos de liberación social y nacional. Recoge el ideario bolivariano de la "unidad continental" y señala sus formas históricas de renacimiento en el pensamiento decimonónico de Bilbao y Alberdi, en el pensamiento nacional-antiimperialista de Ugarte y Martí, en los precursores del marxismo latinoamericano (Recabarren, Mariátegui y Mella), y en las luchas culturales y políticas de los hombres y mujeres latinoamericanos, desde la independencia hasta el presente.

Estela María Fernández